

Al despuntar el alba

El sol del amanecer se entretuvo detrás de las colinas del este de Nodlandia, reacio tal vez a mostrarse en una mañana tan fría. Los barrenderos municipales Claudio Roe y su hijo Charlie llegaron al final de su ronda matutina y se detuvieron un rato a descansar al pie de una zanja. Apoyado en su escoba, Claudio leyó la primera plana de *La Gaceta de Nodlandia*:

VAN A EMPEZAR LAS OBRAS DE CONSTRUCCIÓN DEL HOTEL KNIGHT

La empresa Constructora Smelterburg
pugna por iniciar las obras
en la fecha convenida.

-Vaya, al final sí que van a construir el hotel. Es un milagro considerando el desastre del Festival del Cruasán. Todos esos famosos traumatizados... -comentó.

-Pues esa periodista no parecía muy afectada -dijo Charlie-. Gracias a su artículo sobre nuestra ciudad, el alcalde va a conseguir construir su hotel, y nosotros tendremos trabajo limpiando lo que los turistas ensucien.

Su padre giró bruscamente la cabeza hacia un lado.

-¿Papá? Eh, papá, ¿estás bien?

Se oyó un crujido de ramas rotas y un suave gruñido que provenía del cementerio, al otro lado de la calle. Charlie alcanzaba a ver los perfiles borrosos de las lápidas, solemnes e inmóviles, bañadas por la tenue luz del alba. Seguía oyéndose aquella especie de gruñido, y entonces una sombra pasó fugazmente entre las tumbas y luego desapareció.

El gruñido cesó y todo quedó en silencio.

-¿Papá? Oye... esto... es casi de día... Tal vez sea mejor que... que nos marchemos...

Charlie se volvió y vio a su padre alejarse rápidamente.

-Cuando tienes razón, hijo, tienes toda la razón -le dijo Claudio desde lejos.

Mientras los dos hombres se marchaban a toda prisa, una silueta con capucha pasó del cementerio al vertedero vecino, deteniéndose un momento a observar una casa muy estrecha y muy alta. Una luz brillaba al otro lado de una ventana redonda en el último piso; el resto estaba sumido en la oscuridad.

Una mano rebuscó entre los pliegues de un abrigo y extrajo una sucia fotografía. En ella se veía una extraña escena con docenas de personas aterrorizadas, cubiertas de un líquido viscoso, tratando de protegerse de una nube de pájaros que se lanzaba en picado para atacarlos. Al fondo se distinguían dos figuras vestidas con pijamas de rayas que en cambio no tenían ningún aspecto de estar asustadas. Parecían casi idénticas, pero una era una chica y la otra un chico. Parecían bailar en medio del caos.

La silueta encapuchada arrugó la fotografía, se la volvió a guardar en el abrigo, y desapareció entre la bruma.

1. Tarta para desayunar

Nodlandia era un hervidero de noticias sobre el hotel de lujo. El alcalde planeaba construirlo en el emplazamiento del vertedero de la ciudad, y sustituir así «ese adefesio» por «un monumento a la cultura y a la sofisticación». Pronto el Hotel Knight sería más famoso que la torre del reloj, el manzano con gusano, y los siete puentes cubiertos que se extendían sobre el río Caudaloso.

Estaban a punto de empezar las obras de construcción, y faltaba muy poco para el día de la inauguración, la fiesta oficial para celebrar el momento en que se vertería el hormigón para los cimientos del edificio.

El ejecutivo Marvin Matter estaba desayunando en el mostrador de la pastelería Buffy, y clavó su tenedor en una porción de tarta de pepitas de chocolate.

-Un hotel de lujo es lo mejor para nosotros -dijo-. El turismo da mucho dinero, te lo digo yo.

Los demás clientes de la pastelería asintieron con la cabeza.

-Sí, es cierto, es cierto, pero lo siento mucho por los Eline -dijo Buffy sirviéndoles café a un par de ancianitas-. Llevan al frente del Hotel Motel más de cuarenta años, y ahora es posible que tengan que cerrar su negocio.

-Tonterías -zanjó Marvin Matter. Blandió su tenedor, con el trozo de tarta pinchado en la punta, y lo dirigió hacia Buffy-. La competencia es buena para los negocios. ¡Te hace más fuerte! Mira por ejemplo esta constructora, la empresa Smelterburg.

-Oh, no me hables de ellos -interrumpió Buffy-. Son gente de fuera. ¿Por qué no podía el alcalde contratar a Smithy e Hijos? Para las obras locales, obreros locales, así veo yo las cosas.

-Pues te vuelves a equivocar -dijo Marvin Matter-. La constructora Smelterburg es famosa por su rápido trabajo. Rapidez es igual a tiempo, ¡y tiempo es igual a dinero! Fíjate bien en lo que te digo, Buffy: cuanto antes abra las puertas ese hotel, antes te harás rica alimentando a los turistas con tu exquisita tarta de pepitas de chocolate.

Dicho esto, se metió el tenedor en la boca y masticó durante unos segundos.

Sus mejillas se hincharon como las de una rana. Entonces se atragantó, empezó a toser, y escupió pedazos de tarta. Buffy y los demás clientes se quedaron mirándolo, boquiabiertos.

-¡ESTO... NO... SON... PEPITAS... DE CHOCOLATE! -bramó Marvin Matter. Examinó uno de los trocitos negros que tenía en el plato-. Esto parece... parece... ¡Un pedacito de neumático!

Buffy abrió un tarro de loza con una etiqueta que decía «PEPITAS» y se echó unas poquitas en la palma de la mano.

-¡Alguien ha cambiado mis deliciosas pepitas por trocitos de goma! -exclamó-. ¿Quién ha hecho esto? ¿Por qué? Solo una persona verdaderamente horrible podría hacer algo así.

Tenía razón, pero solo a medias.

2. Los mellizos

Había dos personas horribles en Nodlandia capaces de estropear una tarta de esa manera. Eran hermanos mellizos, chico y chica, y vivían solos junto al cementerio en las afueras de la ciudad. Eran altos para su edad, pálidos y esqueléticos. Tenían el cabello negro, y siempre llevaban los mismos pijamas de rayas. Hacía años sus padres se habían marchado de vacaciones a dar la vuelta al mundo, según decía la nota que habían dejado antes de irse, y aún no habían regresado.

La casa de los mellizos, una mansión de once estrechas plantas, dos de ellas subterráneas, que se elevaba hacia el cielo era una mezcla de grises desde la primera piedra hasta la última. El quicio de la puerta principal lucía una palabra, *shadenfreude*, que significa «el placer producido por el sufrimiento ajeno».

Los dos habitantes de la casa tenían extrañas costumbres y aficiones más extrañas aún, y todo el tiempo que pasaban entre esas cuatro paredes garantizaba a sus conciudadanos una paz muy bien recibida. Los mellizos no leían el periódico de la ciudad, ni se enteraban de los cotilleos locales, y ello explica tal vez el hecho de que no supieran que el alcalde planeaba construir un hotel justo al lado de su casa.